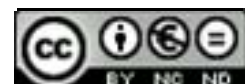


# El día después del mundo

*Aderezado con los alentadores comentarios de*

LA MAGA

**Miguel Espigado**  
**2008**





## El último en enterarse

Kim Schulte, profesor asociado del departamento de Lenguas Románicas de la Universidad de Exeter (Inglaterra), no se enteró de que el mundo se había acabado hasta bien entrada la tarde del día siguiente. A menudo, si se quedaba bebiendo hasta tarde o pasaba algunas horas con sus amigas estudiantes, volvía a su despacho, se tendía vestido en la moqueta y se echaba a dormir. Era envidiable su capacidad de quedarse dormido en casi cualquier parte.

A veces, los profesores iban a trabajar a sus despachos el fin de semana, así que nadie se extrañaba de ver al Dr K.Schulte saliendo de la facultad a buena hora de la mañana, un sábado o un domingo. A lo sumo pensarían “¡Hay que ver el bueno de Kim, lo que madruga!”.

Sin embargo la noche anterior había sido larga y regada en alcohol, y Kim no salió de su despacho hasta casi las cuatro de la tarde, cuando la luz otoñal ya languidecía por el oeste.

El Departamento de Lenguas Modernas de la Universidad de Exeter se halla en una bonita colina llena de árboles y prados de césped recién cortados, surcado por pequeños caminos que serpentean entre jardines, edificios de ladrillo y pistas de tenis. No había nada sorprendente en que el campus estuviera desierto (era fin de semana); lo que a Kim le extrañó (y más tarde comprendería por qué) fue la tremenda sensación de soledad que le invadió de repente. La luz parecía caer y remansarse en el suelo como una lámina de agua vaporosa, y las hojas secas flotaban y se balanceaban lentamente, aunque si uno se detenía a observarlas (y K.Schulte sí lo hizo, un par de veces) descubría que estaban quietas.

Kim miró su reloj; las cuatro y cuarto. Por alguna razón, aquello no le dijo nada. No tenía planes, ni persona alguna que le esperara en su remota casa de las afueras, ¿por qué iba a tener prisa? Tenía todo el tiempo del mundo. Y efectivamente; a Kim no le faltaba razón.

- No es que no tuviera prisa- contaría Kim más adelante- es que no tenía *ninguna* prisa. Ninguna prisa inmediata pero tampoco ninguna prisa a corto, medio o largo plazo. No me angustiaba el paso del tiempo, y por primera vez sentí que el tiempo no me atravesaba, no pasaba a través de mí. Miraba el reloj y no significaba absolutamente nada. El tiempo se había convertido en una lengua extraña para mí. ¡Para mí, que las conozco casi todas!

Debajo de la colina, en la última curva del camino que conecta el campus con la ciudad, una única ventana brillaba tras la caída del atardecer. Era la ventana de un pub. La luz también salía por las rendijas de la puerta de madera y sus cristales, que se habían empañado, aún dejaban ver el interior acojinado, la toalla en la barra

empapada de cerveza tibia. Parece un lugar confortable, pensó Kim, antes de entrar. Al fin y al cabo, no tenía ninguna (ninguna) prisa.

Solo había un hombre, sentado en un taburete junto a los grifos de cerveza, encorvado frente a su bebida. Kim se sentó en el otro taburete y esperó a que viniera el camarero.

- ¿Quiere una pinta?- preguntó el hombre. Alargó su inmenso brazo hasta el estante del otro lado de la barra, tomó un vaso y sirvió una pinta.

Kim dio las gracias. Era una buena cerveza.

- No hay mucha gente por la calle- dijo el hombre.

Un tío corpulento, pensaría Kim, de unos cuarenta y tantos. Probablemente trabaja con las manos.

- Supongo que es normal –prosiguió- pero yo me he dicho, ¿qué voy a hacer en casa? ¿Acaso no he bajado al pub todos los sábados a las cinco de la tarde desde hace más de diecisiete años? ¿Por qué iba a ser hoy diferente?

- Claro, porque iba a ser diferente - masculló Kim, casi automáticamente. Aquel hombre parecía sudado.

- Hombre, *podría ser diferente* – dijo el hombre.

- ¿Y por qué?- preguntó Kim más interesado.

El hombre grasiento le miró de arriba abajo.

-¿Pero de dónde sale?- dijo el hombre- ¿Es que no se ha enterado?

- ¿Enterarme de qué?- preguntó Kim.

- ¡Vaya, joder!- dijo el hombre- ¡Debe ser la única persona! ¡Se ha acabado el mundo, amigo, se ha acabado el mundo!

- ¿Ah sí?- dijo Kim. Tomó su cerveza y dio un largo sorbo. Muy lentamente. Siguió tragando hasta que no quedó nada. Media luna de espuma se le había quedado prendida de la pelusilla de los labios.

- ¿Y cómo ha sido?- preguntó. No recordaba haber hecho una pregunta más sincera en toda su vida.

## 1 comentario »

2.

Cómo me hubiese embargado degustar esa primera cerveza post-apocalíptica junto a Kim. Seguro que la espuma me habría sentado que nunca. Sigue, sigue, no pares, espigado.

Comentario por La Maga — 30 Noviembre, 2007 @ 2:22 pm

[Suscripción RSS a los comentarios de la entrada.](#) [URI para TrackBack.](#)

## El semáforo negro

El día del fin del mundo, Alvy Singer se pasó toda la mañana pensando en la palabra subsahariano. Jamás la había escuchado hasta que llegó a Alemania, y tardó unos cuantos meses en darse cuenta de que era la palabra que utilizaba la gente amable cuando querían decir negro.

A su lado dormía Susan. Susan era una mujer muy grande; debía pesar alrededor de unos ciento veinte kilos. Y su piel era blanca como la leche.

Susan era una preciosidad, pensó Alvy mientras la miraba dormir. Y no es que fuera condescendiente con los gordos. La gordura extrema era una deformidad tan repugnante como cualquier otra. Pero es que Susan era una de las personas más bellas y morbosas que había conocido. Y era precisamente su enorme tamaño lo que la hacía tan especial.

Todos los negros de la ciudad conocían a Susan, y todos los negros de la ciudad se conocían entre ellos. Era una ciudad de blancos. Había venido siendo una ciudad de blancos desde su fundación, ya antes de los romanos. Dios, pensó Alvy, *y lo seguirá siendo*. Porque nosotros, los negros de esta ciudad, acabaremos siendo blancos. Aquí los negros se vuelven blancos, no hay otra explicación o solución posible.

Alvy tenía resaca, y estaba bastante incómodo. La cama era muy pequeña y Alvy era una persona corpulenta. Debían formar un cuadro bastante cómico; ella tan grande y tan blanca, y él, tan negro y tan corpulento, en ese diminuto catre. Pero Alvy no quería irse; no hasta que Susan se despertara. Quería volver a hacer el amor con ella antes de volver a su casa. Así que Alvy siguió pensando.

Eran pocos los negros de la ciudad, y se conocían todos. Contrastaban tanto como el brazo de Alvy rodeando el lechoso vientre de Susan. Eran más visibles que los semáforos; su negritud parecía refulgir a varios centenares de metros. Y era algo que Alvy no podía soportar, estar siempre rodeado de blancos. Todo el puto día rodeado de blancos. No es que tuviera nada en contra de los blancos, como tampoco tenía nada en contra de los fontaneros, o de las personas mayores de sesenta y cinco años. Eso no determina el fondo de las personas, concluyó Alvy. Pero tanto blanco era una auténtica jodienda. Y los días como hoy, que se había despertado en casa ajena y no podría ducharse, ni peinarse, ni cambiarse de ropa antes de salir a la calle, se iba a sentir realmente incómodo. Sentiría como las personas le miran, se giran molestas por el olor rancio que desprendía su cuerpo. La gente le miraría en el autobús, muy discretamente. Llamaría la atención.

Podría decirle a Susan que le acompañara. La invitaría a comer. Así, yendo con ella, se sentiría menos incómodo.

¿No es increíble que *yo* sea así?, pensó Alvy. A veces se escandalizaba a sí mismo. Pero lo cierto es que le hubiera encantado que Susan le acompañara a casa porque así le prestarían menos atención, pasaría más desapercibido. Y si había algo que odiaba Alvy era llamar la atención. Desde pequeño había sido tímido.

Pero Susan no le acompañaría, y Alvy lo sabía. Se lo habían dicho sus amigos, que también se habían acostado con ella. Susan era la joven hija de unos agricultores adinerados de un pueblo de Leipzig, cuyo nombre solo podían pronunciar los del propio pueblo. Había venido a la ciudad para aprender idiomas y luego decidió quedarse a vivir, sin más ocupación aparente que salir por la noche a bailar y acostarse con el mayor número de negros que fuera posible. Uno siempre la podía encontrar en *El Savor*, la única discoteca de salsa que había en la ciudad. Llegaba sola, cuando apenas había gente, y se sentaba a tomar una copa con los camareros. No bebía mucho, Susan. Lo justo, pensó Alvy. Posiblemente no tenga tanta resaca como yo, y quiera volver a hacer el amor conmigo.

El bulo se había extendido por toda la ciudad. Un bulo de negros, se dijo divertido. En ese momento Susan se movió un poco. Alvy se tuvo que agarrarse a las mantas para no caerse al suelo. Casi se parte de risa pero se mordió los labios. No quería despertarla. No quería que ella le preguntara por qué seguía allí, y luego continuara durmiendo. No, esperaría a que ella despertara espontáneamente. Así estaría de buen humor y podría hacerle el amor. Solo de pensarlo ya se estaba empalmado otra vez.

Subsaharianos. Había pocas cosas que los negros de la ciudad tuvieran en común, excepto esa palabra. Aunque refulgieran como putos semáforos entre tanto blanco, lo cierto es que no eran más afines que cualquier otro grupo de extraños escogidos al azar. Así que cada vez que un negro pesado se acercaba a hablar con Alvy *solo porque él también era negro*, Alvy le soltaba la historia de Susan. ¿Qué otra cosa se podía decir?

Susan había convertido en una leyenda urbana, siempre en la misma discoteca, esperando a algún negro para acostarse con él. Allí podías ir a buscarla, y si tenías suerte y no había a la vista algún otro morenito más guapo y simpático que tú, te acostarías con ella. Y mira por donde que hoy era él, Alvy, quien había conquistado la cama de Susan. ¡Ya formaba parte de la leyenda! Alvy se mondaba solo de pensarlo. Lo único que quería volver a metérsela hasta dejarla completamente rellena, oírla cantar de gusto como la noche anterior.

Una lástima que luego tuviera que volver a su casa, ya se lo habían dicho sus amigos. Ella nunca repetía. Y tendría que tomar el autobús con esa facha. Todo el mundo le miraría. Igual que a un puto semáforo negro. ¡Qué pereza da siempre ser negro!, pensó Alvy. Y ya no pudo más: se descojonó.

**1 comentario »**

2.

Como en el cine de Fassbinder, el desencanto sexual de Alvy es como la amarga lágrima de Petra von Kant. Y es que, en el fondo, muy fondo... Todos nos llamamos Alí. Me encantan los títulos, menudo microcosmos, o macro?

*Comentario por La Maga — 30 Noviembre, 2007 @ 2:47 pm*

Suscripción RSS a los comentarios de la entrada. [URI para TrackBack.](#)

## La devaluación del franco

Hubo un grupo de personas que entendieron a la primera lo que significaba el fin del mundo. Se hacían llamar los Sin Dinero, y vivían en un cuartel abandonado en medio de los campos de la isla de Córcega. Aquel día los Sin Dinero fueron casa por casa invitando a la gente a que quemara su dinero. Y la gente los siguió. Llegaron al cuartel en coches, motos, a pie y en bicicleta, con fajos de billetes a cada cual más enorme. Hicieron una gran pira de fajos y le prendieron fuego. Nadie había olido antes el olor del dinero quemado. Pero todos coincidieron. Olía a mierda.

### 1 comentario »

2.

A mierda blanca y verde, pero jalonada por palabras doradas. Más, más, quiero más.

*Comentario por La Maga — 30 Noviembre, 2007 @ 2:51 pm*

[Suscripción RSS a los comentarios de la entrada.](#) [URI para TrackBack.](#)

**"46° 16´8 N, 86° 40´2 E**

El día después del fin del mundo Wang Taku, de siete años de edad, caía muerto en uno de los puntos más remotos del planeta. Solo los nómadas conocían aquel lugar y aún faltaban muchos meses para que volvieran a cruzarlo con su ganado. Wang Taku murió en la soledad más absoluta.

El padre de Wang Taku trabajaba como ingeniero del Estado, y se pasaba la vida sobrevolando China para evaluar la apertura de nuevos parques industriales. Cuando Wang Taku tenía vacaciones escolares, el señor Wang compraba un pasaje de ventanilla y se llevaba a su hijo consigo. Aquellas experiencias fugaces a diez mil metros consistían la única enseñanza que podía aportarle el señor Wang, pues la vida doméstica y todo lo demás quedaban fuera de sus dominios, compuestos de kilómetros de cielo y ciudades que emergían de la noche a la mañana. No hace falta decir que el niño Taku se había vuelto especial de tanto viajar con su padre.

Apenas habían transcurrido dos horas desde el despegue cuando el vuelo cz6130 con destino Pekín comenzó a caer. En la cabina de primera clase, una gran pantalla mostraba un mapa de China atravesado por un diminuto avión que dejaba tras de sí un rastro de líneas intermitentes. El señor Wang intentó ubicarse en ese tosco diagrama; debían estar cruzando el desierto de Dzoostor Elisten, en el altiplano de la región fronteriza de Uigur de Xinjiang. Un lugar sin un solo tramo de asfalto, donde también se encontraba el punto geográfico más interior de la Tierra. Si hubiera prestado más atención a este lugar – pensó el ingeniero Wang – quizás hubiera podido planificar la construcción de un aeropuerto. No era muy común que el señor Wang encontrara una utilidad humanitaria a su trabajo.

Las mascarillas de oxígeno cayeron sobre los asientos, y las azafatas corrían de un lado para otro intentando aplacar a los pasajeros más histéricos. Una de ellas se dirigió al señor Wang:

- Lo lamento, señor, pero su hijo debe cambiarse de asiento. Las salidas de emergencia han de quedar completamente accesibles. Es por su seguridad.

Había que confiar en los técnicos, se dijo el señor Wang. Aunque la técnica fuera contra los deseos del hombre, o de un padre que no quiere separarse de su hijo. Era él y no Taku quien se sentía solo en la vida y de ahí estos viajes que no podían tener ningún sentido para el niño; y por lo mismo, era el señor Wang quien necesitaba una mano a la que aferrarse en estos momentos. Siempre le había horrorizado la idea de enfrentarse a solas con la muerte.

- ¿Cómo te llamas?- preguntó la azafata.

- Taku.

Su padre le desabrochó el cinturón.

- ¡Pórtate bien!- le dijo- Sé valiente.

Wang Taku siguió a la azafata hasta un asiento libre junto al pasillo. A su derecha un hombre había vomitado en el suelo y miraba un vaso que sujetaba entre las manos, cuyo líquido se derramaba en sus pantalones sin que hiciera nada por evitarlo. Pero lo más extraño era el rostro de la persona del asiento contiguo. Las gomas de la mascarilla formaban en su rostro las hendiduras de una ancha sonrisa, y sus ojos, semi ocultos tras unas gafas oscuras, parecían perdidos en el aire indiferente de la droga.

- ¿Sabes inglés?- le preguntó- ¿Puedes explicarme que está pasando?

Taku no respondió. Ahora el avión caía mucho más deprisa, y el fuselaje se estremecía aullando contra la resistencia del aire. Al otro lado de las ventanillas las alas oscilaban furiosamente, como si en un intento desesperado el aparato quisiera aletear para levantar el vuelo. Los auxiliares habían desaparecido y cuando el equipaje comenzó a volar por los aires ya nadie reprimió su pánico. La violencia del sonido del avión contra el viento ahogó los gritos, negando así cualquier posibilidad de comunicación, y los pasajeros solo podían mirarse entre ellos, espolear su propio espanto a través de la contemplación del espanto de los otros. El señor Wang, en cambio, se fijaba únicamente en Taku, que lo observaba desde el otro extremo del pasillo. Esa mirada de incompreensión en la distancia fue lo último que compartieron.

El vuelo cz6130 con destino a Pekín tardó doce minutos en estrellarse desde que inició su descenso. De los 238 pasajeros, Taku fue el único que en el momento del impacto no tenía puesto el cinturón de seguridad (fue culpa de la azafata, impaciente por correr a abrocharse su propio cinturón). Las leyes de la física lo habían respetado de una forma extraña, arrojándolo al exterior cuando los demás se pulverizaron junto al amasijo de acero y aluminio.

Cuando Taku volvió en sí, sintió el tacto de la tierra bajo su cuerpo. Un viento gélido hería su piel empapada de queroseno. Frente a él se extendía un páramo interminable, apenas cubierto por hierbajos quemados por el frío del invierno. Solo a lo lejos unas montañas negras marcaban un límite, irguiéndose entre las nubes que recorrían velozmente el horizonte.

Taku pudo levantarse y dar unos pasos antes de oír la explosión. Pudo correr unos metros antes de que las llamas lo alcanzaran, e incluso después, rumbo a las montañas celestiales de Tian Shan, hasta que el dolor lo devolvió a la tierra.

Desde sus alturas quizás los dioses de la leyenda hubieran podido observar aquella figurilla ardiente, recrearse con la belleza atroz de su cuerpo incendiado en medio del más absoluto silencio. Solo ellos y el señor Wang hubieran podido maravillarse del lugar donde finalmente cayó Taku, lamido por las lenguas azuladas del queroseno, que no se extinguieron hasta mucho después, cuando el niño ya no era más que una momia negra que el invierno acabaría petrificando.

Muchos años después, el etnógrafo de un equipo de documentales haría la siguiente anotación:

"46° 16´8 N, 86° 40´2 E. Hoy llegamos al punto terrestre más alejado del océano. Curiosamente, los nómadas han levantado un hito en el lugar sin conocimiento alguno de este hecho, que difiere de los otros de su ruta hacia las montañas Tian Shan por semejarse a una construcción funeraria. Según un cuento infantil, un niño fue aquí castigado por los dioses cuando trataba de huir del fin del mundo."

#### 1 comentario »

1.

Un proyecto, o debería decir anti-proyecto? de Principito o Robinson Crusoe al revés! cómo me llegan tus efluvios, amigo, que el fuselaje y el queroseno nunca dejen de quemarse. Me enternece la mezcla de alma infantil y lucidez adulta que respira este blog!!!

*Comentario por La Maga — 30 Noviembre, 2007 @ 3:25 pm*

Suscripción RSS a los comentarios de la entrada. [URI para TrackBack.](#)

## Cruce de paraísos

Cuando uno vive en el extranjero, y cambia de ciudad o país con frecuencia, necesita creer que hay un lugar en el universo donde las cosas siguen exactamente igual que en sus recuerdos. De cumplirse los deseos de esta clase de ciudadano, cada sitio quedaría congelado en el tiempo al punto de abandonarlo para emprender una nueva vida. Por eso cada vez que da marcha atrás no puede sentir más que irritación; nada está como antes, y las personas que conoció se han disgregado o ya no albergan hacia él los mismos sentimientos. Quien ha ordenado toda su memoria en compartimentos estancos con nombre topográfico (él de Huston, la de Austin, cuando en Monterrey...) acaba creyendo en su derecho de exigirle al tiempo que sea como el espacio: una dimensión por la que avanzar y retroceder libremente, sin estaciones fantasma ni engorrosas pérdidas de equipaje. Si alguien, en cambio, decide establecerse en un lugar para siempre, lo que más odia es el inmenso estatismo con que la vida se sucede. La vida debería ser más vertiginosa, aportar al individuo savia nueva para alimentar las ilusiones. Pero ciertamente cae en marasmos que pueden durar décadas, y uno se ve obligado a tomar decisiones extravagantes, cuanto menos ingeniosas, para agitar un poco ese océano de tranquilidad.

Lo contradictorio de ambas posturas queda perfectamente ilustrado por Rodolfo Valente y su madre, Elena Manzanares. El día después del fin del mundo, ambos escenificarán la última escena de un drama que les ha ocupado el último tercio de su larga relación filial. Durante la representación ha habido que alimentar el fuego de la tragedia, así que el escenario se ha ido vaciando de hermanos (que se desentendieron de la familia), padre (fugado con una enfermera), amigos (casados). Y la ciudad natal se ha transformado o estancado, según la piense Rodolfo Valente o Elena Manzanares. Nadie podría decir cuál de los dos fue más obstinado en ser feliz sin pensar en el otro.

La casa familiar era un chalet de la hostia de unos trescientos metros cuadrados, situado en la cresta de una loma que domina las vistas de Monterrey. Los años dorados de bulliciosas peleas a cuatro bandas en la cocina eran solo un recuerdo, y se había vuelto obligado tomar conciencia de esa odiosa expresión; el nido se había vaciado, los poyuelos habían ahuecado en ala. El lujurioso mutis de papá Valente había dejado a Elena Manzanares nadando en un infinito mar de espacio.

De todos los hijos solo uno permaneció fiel a la memoria de aquel hogar, si bien los otros trataban de sacudirse la mala conciencia invitando a la madre a pasar temporadas con sus nuevas familias, al otro lado de la raya del Río Bravo. Pero Elena jamás había viajado a los USA y no tenía intención de empezar a hacerlo (un país peligrosísimo para un mexicano, se decía), así que solo se veía con Rodolfo

Valente, quien no solo no la obligaba a viajar sino que además se negaba a verla en cualquier sitio que no fuera aquella casa, excluidas también las calles y locales circundantes. "Tú y esta casa sois mi única patria", le espetaba Rodolfo en algún momento de la visita. A Elena siempre se le sonó como una amenaza.

Rodolfo Valente volvía cada año aproximadamente, y su memoria petrificada era sensible al más mínimo cambio que sufriera la casa. De la misma manera odiaba cualquier cambio que sufriera su madre, y por encima de todas las cosas odiaba la creciente afición de Elena Manzanares por las disciplinas de inspiración oriental. Por su parte, Elena Manzanares ya no se engañaba a sí misma: su hijo le caía cada día peor. Claro que le quería, y eso era lo más fastidioso. Su amor hacia él venía siendo acarreado como un balde de agua bailón que se va derramando por el camino, y antes de llegar a término hay que volver a llenar. Cada visita la dejaba tan seca que tardaba semanas en poder volver a hablar con él por teléfono.

Al principio, todo cambio quedó pospuesto para ese hipotético momento en que Rodolfo se casara, o madurara de una puta vez. Tal y como él quería su cuarto quedó como el mausoleo de un muerto, igual que esos dormitorios de músicos o pensadores célebres que se trufan de objetos personales para solaz de los visitantes. Las pantuflas alienadas con la cama, y el albornoz colgado detrás de la puerta, con un pañuelo de tela sobresaliendo de su bolsillo. Los libros y los comic de la infancia en la pesada estantería, junto a los viejos juguetes rescatados por el hijo, para mayor celebración del paraíso perdido.

Luego las cosas empezaron a ir mal para Rodolfo, quien achacaba sus males a la filosofía oriental. No tenía nada en contra, le decía a su madre por teléfono, e incluso encontraba algunas cosas beneficiosas e interesantes, pero nunca en su extremo, siempre en determinada medida... A cada regreso lo primero era recorrer la casa gritando "¿Qué has quitado, qué has quitado?". Un año desaparecía una cómoda, al año siguiente los cuadros de las paredes, al año siguiente el salón al completo. Después seguía un sombrío almuerzo en que Rodolfo trataba de traslucir todo el peso de su desacuerdo, y Elena, todo el volumen de su indiferencia. La casa se fue vaciando.

Por su parte, Elena Manzanares cada vez seguía con más devoción las enseñanzas de su profesor holandés de yoga, un individuo que pasaba cuatro meses al año en una tienda de campaña en el desierto de Sonora, ocupando gran parte del día en limpiarse los mocos con un cordón que se metía por la faringe. Como él, Elena también había resuelto recorrer el camino inverso al de los faraones. Si ellos pasaban a la ultratumba acompañados de riquezas y séquitos embalsamados, ella pretendería el karma eliminando todo aquello que no fuera estrictamente necesario. Y nada ni nadie es estrictamente necesario si uno es lo necesariamente estricto, le dijo a Rodolfo un día por teléfono. Luego se deshizo del teléfono.

El día después del fin del mundo, Rodolfo tomó el primer avión para Monterrey. Se había pasado la noche envuelto en pesadillas, en las que aparecía su perro muerto Sputnik perseguido por enormes sapos y dragones de Komodo, finalmente devorado ante la impotencia de su dueño. Un oscuro presentimiento le acompañó durante todo el viaje, pero no se materializó hasta el mismo momento en que abrió la puerta de su antigua casa. Allí no había nada. La casa entera estaba vacía. Ni un mueble, ni un cuadro, ni un libro. Tampoco en su habitación. Solo paredes. Y Elena Manzanares sentada en el suelo del salón, conservando con perfecta serenidad la posición del loto. El día después del fin del mundo su mente había alcanzado la vacuidad total, el vaciado definitivo donde lo viejo se desvanecía y nada nuevo podría arraigar. El mundo entero ausentado y ella se veía flotando en medio del vacío, expandiéndose en el tiempo y meditando con el maestro Deshimaru.

Rodolfo no volvió a Texas. Se fue a vivir a un parque, el mismo de sus juegos de infancia. Por las mañanas va al vertedero del distrito. Allí pasa las horas, rescatando objetos que nunca le han pertenecido.

#### 1 comentario »

2.

Me encanta el comienzo, esos paralelismos o polos opuestos a los que recurrese en ocasiones enganchan. El tema, esa dispersión del árbol genealógico y la epetición cíclica o ciclotímica de la vida no es moco de pavo. Que continúe el mosaico, amigo.

*Comentario por La Maga — 8 Diciembre, 2007 @ 1:43 pm*

[Suscripción RSS a los comentarios de la entrada.](#) [URI para TrackBack.](#)

## Debris

En la estación espacial internacional hay un ventanuco en forma de ojo de buey, desde el que George solía filmar y hacer fotografías de la Tierra como parte del programa y también por diversión, hasta que falleció repentinamente a causa de una embolia cerebral. Él y Sunita Kovalenok habían sido destinados a pasar cuatrocientos veinte días en la ISS, llevando a cabo diversos experimentos comerciales y preparando la estación para el ensamblaje de un nuevo módulo. Pero ahora George había muerto y aún faltaba mucho tiempo para el regreso de la Soyuz. Sunita se había quedado completamente sola.

El día después del fin del mundo, Sunita se despertó con un crucifijo de oro flotando a escasos centímetros de su rostro. La cruz se hallaba completamente inmóvil, lanzando su destello dorado bajo la luz cruda del habitáculo de vivienda. Amarrada a su catre, Sunita se quedó mirándola fijamente, durante varios minutos, aún cuando su cerebro dormido era incapaz de reaccionar, de pensar cualquier cosa, incluso de orientarse para identificar correctamente el lugar donde se había despertado en los últimos seis meses. Mientras ese crucifijo pendía sobre su cabeza, en su subconsciente todavía afloraban sensaciones del Stolbishchi natal que había visitado en sus sueños. Allí estaban su madre y su hijo, un día de misa.

Ahora George ya no fotografiaría Stolbishchi desde el ojo de buey, tal y como le había prometido. Ya hacía tres días que Sunita había preparado y precintado su cadáver, acomodándolo en un compartimento de un laboratorio inutilizado. Desde entonces el lugar parecía irradiar una energía extraña, si se puede decir así. No pasaba un minuto en la estación sin que, estuviera donde estuviera, notara su presencia y lo imaginara tras las capas de plástico, descomponiéndose lentamente. Sunita había llegado a sentirlo como un miembro más de su propio cuerpo, una parte muerta de la que no podía desprenderse.

¿Lo sacarían de allí? Sunita necesitaba creerlo como necesitaba creer que había una razón para que aquel crucifijo se hubiera desprendido de su cuello, flotando en la noche hasta detenerse frente a sus ojos. Conocía las instrucciones, sabía cómo debía afrontarlas. Y nadie habló de deshacerse del cadáver. Era la mejor astronauta de su generación; su foto había sido difundida en los medios de comunicación, haciéndola una persona relativamente popular en Rusia. Embutida en su traje espacial, con el casco debajo del brazo, representaba la imagen perfecta del oficial de élite dispuesto a cumplir cualquier orden. No se esperaba de Sunita Kovalenok algo semejante.

Ya se hallaba completamente despejada cuando decidió tomarse unos minutos ante el crucifijo. Hacía tanto tiempo que no pensaba en sí misma que ni siquiera se había dado cuenta del olor que desprendía. Olía igual que su madre los últimos años de

su vida. Alguien que no se mueve apenas, y que pasa los días transitando un pequeño pedazo de espacio y raramente se lava, no suda mucho, pero su piel va acumulando grasa y sustancias que acaban generando un profundo aroma a rancio. El cuerpo de Sunita había palidecido y sus músculos, debilitados tras tanto tiempo en gravedad cero, colgaban flácidos y delgados bajo su ropa interior. Conocía las instrucciones y sabía lo que tenía que hacer, pero nada de eso tenía que ver con su propio cuerpo, ni con sus treinta y ocho años y ni con todas las arrugas que la vida le había ido depositando.

¿Quién empaquetaría convenientemente a Sunita? Podría hacerlo ella misma, de no ser algo tan fulminante como lo de George, o si no acabaría dando tumbos contra las paredes de los módulos hasta engancharse con algún cable. Allí abajo, en la tierra, se tomaban mucho trabajo con los cadáveres; hasta los sujetos más descastados eran trasladados de una institución a otra hasta acabar en una fosa sin nombre. Todavía recordaba los penosos preparativos del funeral de su madre, y el ambiente de la iglesia, la misma donde se empeñaba en llevar a su nieto cada vez que ambos iban a visitarla a Stolbishchi. Fue también ella la que le regaló la cruz de oro que ahora flotaba a escasos centímetros de su cabeza, y que nunca tuvo la menor espiritualidad para Sunita, ni siquiera ahora que la tenía enfrente, después de tanto tiempo colgada de su cuerpo, como tantos otros abalorios de los que nos olvidamos. A decir verdad, nunca se había sentido más lejos de Dios. No era Él quien la mantenía allí arriba con vida, sino los módulos de soporte vital; si las máquinas dejaban de hacer su trabajo, la vida de Sunita se apagaría como la de cualquier enfermo enchufado a la respiración asistida.

Ojalá George hubiera conseguido esa fotografía. A lo mejor hubiera podido adivinar Stolbishchi entre los campos, imaginar el campanario de su iglesia acercándose al ojo de buey más que ningún otro punto de la población, como un gigantesco dedo que apuntara hacia ella. Todavía recordaba un cuento de su hijo en el que un barón descendía en globo desde la Luna ¿No podría ella dejarse caer por la cuerda del badajo hasta posar los pies en la iglesia de Stolbishchi? Por un momento sintió ganas de tirarse de los pelos, de hundirse los pulgares hasta reventarse los ojos. Aquel catre lleno de correas se parecía tanto a la cama de un psiquiátrico que Sunita se divirtió pensando en el pánico que embargaría al Gran Hermano, observando impotente desde la base a su mejor astronauta entrando en barrena. Quizás así se acojonarían tanto que acelerarían los preparativos para ir a buscarla. Pero Sunita Kovalenok no haría nada de eso; había sido demasiado bien entrenada para volverse loca en el más absoluto silencio.

Ahora Sunita se imaginaba en la iglesia de Stolbishchi. Era un lugar húmedo y poroso, que exhalaba pobreza por los cuatro costados. Las imágenes habían sido robadas y se sustituyeron por otras más baratas, que ni siquiera se pudieron pintar

porque no había dinero. La madera crujía al unísono cuando los feligreses hincaban las rodillas y se inclinaban ante su dios. Hombres y mujeres vestidos de calle, cuya vida transcurría sin el mayor apego a un principio profundo, adoptaban una actitud humilde y rogaban, sobrecogidos, a la amplitud de una idea más grande que todos ellos. Y ahora Sunita, con su traje de astronauta, se veía también hincando sus rodillas en el mismo madero podrido. Había dejado su casco en el banco y miraba a Dios directamente a los ojos, de igual a igual. Buscaba la mano de su hijo pero no estaba, y tampoco su madre; solo los vecinos anónimos de Stolbishchi y el cura de negro púrpura, envuelto en sombras tras el altar. Sus palabras sonaban tan frías y húmedas como el moho que avanzaba por las paredes agrietadas, hablando del principio de la civilización y Sunita en el justo extremo opuesto, al término de lo conocido, en su último punto. George merecía algo más que una bolsa y su lenta descomposición, y mucho más que el desfile de banderas y bayonetas que le deparaba el gobierno de América. George, hijo del sol, no tienes por qué conocer la descomposición; que el frío te petrifique en tu viaje infinito por el espacio, vestido con el traje de gala, los brazos en cruz, las piernas bien estiradas, hasta hacerte polvo contra la estrella más cercana. No la conocería Sunita, en el mejor de los casos.

Se estaba haciendo tarde. Sunita dio un soplido y el hechizo se deshizo. El crucifijo salió levemente propulsado y flotó lentamente por el habitáculo, hasta golpearse contra una superficie, y seguir girando con parsimonia. Stolbishchi. Stolbishchi. Stolbishchi. Ahora Sunita tenía una cruz negra tatuada en la cara.

## 1 comentario »

1.

Miky, me gusta más este blog que estás escribiendo, el otro era más denso y barroco, necesitaba un reposo para analizarlo, aquí le aortas a uno esa ventana de ojo de buey, y uno siente más apego por el transcurso de la historia, y de estos pequeños seres animados, sé visual, tío, lo más que puedas, es donde tu escritura se realza y gana profundidad. Ese comienzo, esa imagen al despertar, el fin del mundo al fondo y la cruz de oro levitando es pura magia, delirio interestelar y muchas cosas más. Y ese final, donde se adivina un entierro galáctico pasado por la batidora de lo terrenal, pura delicia. No pares de entregarme más personajes en esa inmensidad que estás creando, se nota que el demiurgo lo tienes muy claro, no te desvíes del marco, eso engrandece a tus protagonistas "secundarios"? un abrazo

*Comentario por La Maga — 12 Diciembre, 2007 @ 7:58 pm*

**Carta al director**

Estimado Señor Director:

Me dirijo una vez más a usted con la única esperanza de que el pelagatos que tienen por encargado del correo afloje de una vez el sabotaje sistemático al que me tiene sometido, y permita la vital comunicación entre su periódico y mi persona. Comprenderá que, al margen de todo el escepticismo que pueda yo albergar hacia la decencia de semejante sujeto, no voy a renunciar a mi libre derecho de expresión, solo porque un mindundi de tres al cuarto sea incapaz de ponerse a la altura de mis conocimientos. Un derecho (nunca me cansaré de recordárselo) abalado por mi fidelidad como escrupuloso lector de su periódico desde 1977, sin que un solo día haya yo faltado a ese deber, aunque mucho me temo que más por un sentido de lealtad personal que por las satisfacciones que su publicación últimamente me proporciona.

Pero no quiero extenderme con lamentos sino llamarle la atención por un asunto que resulta de extrema gravedad. Muy de buena mañana he bajado a comprar su periódico a mi quiosco de confianza, y esperaba encontrarme una edición histórica, dada la magnitud de la situación que vivimos desde ayer. Inocente de mí, daba por hecho que, el día después del fin del mundo, un periódico supuestamente tan prestigioso ofrecería al lector un amplio panorama de artículos, columnas de opinión, gráficos explicativos, fotografías en color, suplementos, entrevistas a personalidades destacadas, análisis de expertos mundiales, y en definitiva, todo un conjunto informativo para dar buena cuenta del escenario mundial tras las pasadas horas cruciales. Y cuál sería mi sorpresa cuando miro la primera página y no encuentro ni un solo encabezado, NI UNA SOLA referencia al tema, NI UN SOLO titular, NI UNA SOLA fotografía. NADA.

Señor mío, no soy del todo inocente respecto a las prioridades informativas de su periódico. Hubiera tolerado que la noticia de política internacional se hubiera visto desplazada por alguna otra, digamos, de más calado popular, tal que una victoria de la selección futbolística o el deceso de alguna tonadillera, por poner dos ejemplos que tocan nuestra fibra. Pero es que ni en las primeras treinta y cinco páginas encuentro la más mínima mención, y hay que llegarse hasta la sección de Sociedad para encontrar un breve que, haciendo honor a su nombre, no hace más que repetir las cuatro tonterías sobre el fin del mundo que todos ya conocemos. La

verdad, para semejante chuminada bien hubiera podido ahorrarme los 75 céntimos que vale su periódico, que tampoco me faltan, dicho sea de paso.

¿Es qué pretenden hacernos creer que no ha pasado nada? ¿Dónde están los muertos, las inundaciones, los huracanes, las epidemias, los bombardeos, los tanques, las nubes radioactivas, las invasiones extraterrestres, la lluvia de meteoritos, los tsunamis, los éxodos masivos, los saqueos, las violaciones, los asesinatos en masa, el caos, la destrucción, las masacres...? ¿Y Dios, dónde se ha metido? Creo hablar en nombre de todos los lectores si digo que este fin del mundo está resultando de lo más decepcionante. Los que hemos vivido una guerra sabemos que la verdad es la primera víctima, pero nunca hubiera imaginado que ustedes serían los más rápidos en traicionarnos para ponerse al servicio de quién sabe qué intereses ocultos que ni siquiera alcanzo a imaginar. Y no se crean que me voy a quedar de brazos cruzados: he de avisarles que desde ayer mi grupo de radioaficionados andamos rastreando las emisoras del cuerpo de bomberos y no tardaremos en dar con el *quid* de la cuestión. Así que cuando destapemos la engañifa y dejemos su periódico a la altura del betún, no me llore con que no les avisamos.

Pero ambos coincidiremos, Señor Director, en que algo semejante resultaría tan perjudicial para su reputación como doloroso para los cientos de miles de lectores que confían en ustedes, entre los que yo orgullosamente me cuento desde 1977. Aun secundando punto por punto lo dicho hasta ahora, ante todo me tengo por caballero, y no se me caen los anillos por ofrecerles una salida honorable a esta penoso embrollo en el que ustedes mismos se han metido. Si por alguna razón fuera realmente cierto que el día del fin del mundo no pasó nada; y si, en el hipotético y muy hipotético caso de que a lo largo del día de hoy nada sucediera, y nada hubiere de suceder, puedo ofrecerles gratuitamente una primicia que salvaría su prestigio a nivel internacional.

Y es que mañana, HE DECIDIDO QUE NO VOY A TRABAJAR. Ya lo he consultado con mi mujer y ella consiente, así que podemos darlo por cosa hecha. Pero antes de que ese censor de pacotilla que tienen abriendo sobres haga alguna sandez, espero que pondere convenientemente lo que estoy dispuesto a regalarles. Ante la ausencia total de reacción mundial, yo les ofrezco LA PRIMERA REACCIÓN AL FIN DEL MUNDO. Esta decisión mía de no ir a trabajar, en principio sin gran relevancia de tipo histórico, bien podría marcar una efemérides que inspiraría a otros muchos, generando así la necesaria propagación del caos y barbarie que clama un fin del mundo como Dios manda.

Pero nada de esto podrá lograrse si su periódico elude una vez más su inapelable deber para dar a conocer a mis semejantes tal gesto pionero. Personalmente yo había pensado en el siguiente titular: "DON WALTER SERRALLOS BIEDMA NO ACUDIRÁ HOY A TRABAJAR", acompañado de una foto de un servidor (puedo proporcionarla, las tengo muchas y muy buenas en el reciente funeral de mi tío), y un artículo de fondo que yo mismo soy capaz de apañar en cuanto me levante de la siesta. Aunque, bien pensado, quizás lo mejor sería inclinarse por algo más impersonal, algo como: "LA PRIMERA REACCIÓN", un encabezado que, al eludir la referencia a un individuo concreto, dotaría la noticia de un talante más universal, mucho más apropiado si lo queremos realmente es hacer Historia.

En fin, Señor Director, solo me queda felicitarle por anticipado; estoy seguro de que sabrá tomar la decisión más correcta para su periódico. Huelga decir que como lector devoto desde 1977, todo los honores que recaigan sobre mi persona serán secretamente compartidos tanto con usted como con todo los que se esfuerzan por llevar a cabo la encomiable labor periodística, de la que yo disfruto todos los días deleitosamente (excepto tú, pedazo de cantamañanas lamedor de sobres, a ti te la tengo jurada). En fin, ya no queda más que despedirme y hacerlo con todo el aliento del dicho popular: ¡Manos a la obra!

Atentamente

Don Walter Serrallos Biedma.

P.D: el balón de playa que adjuntaron con el extra de verano me vino pinchado.  
¿Contemplan alguna política de reponer de los defectuosos?

#### 1 comentario »

1.

Bien, Miky, bien, sigues en la onda, o por el camino trazado. Lo que me encanta de este blog tuyo es que estructura y método los tienes clarísimos, pues sabes que dependes de ellos para plasmar el día después del fin del mundo. Sátira, sarcasmo, tu humor me sonrío porque estás de vuelta de todo, quiero decir, el escritor que está detrás de esta gran idea. Como la peli, tus ángulo o puntos de vista son Extranjer than fiction, que no por eso dejan de tener validez y lucidez tus reflexiones a través de tus conciudadanos, al fin y al cabo, universales, catódicos? A la espera de tu siguiente foco.

*Comentario por La Maga — 13 Enero, 2008 @ 6:57 pm*

Suscripción RSS a los comentarios de la entrada. [URI para TrackBack.](#)

## Colorines

El día después del fin del mundo muchos miraban al cielo. Al igual que Wong, pero por diferentes razones, no por las mismas por las que Wong miraba. En la vastedad del cielo, muchos esperaban un reflejo espectacular del cataclismo. Tarde o temprano, las gentes apostadas en los promontorios, en las azoteas, en los miradores marítimos, en lo alto de las gavias, aspiraban a presenciar una catástrofe de luz, aire y agua avanzando por el horizonte hasta barrer por completo la Praia do Madeiro. Podía respirarse cierto ambiente de expectación contenida, como si de un momento a otro la playa entera fuera a explotar en un estallido de gritos y colores ardientes.

Hacía sol. Wong no había salido a la calle, pero podía saberlo por la pequeña rendija de cielo que se colaba por la ventana de su apartamento. Vivía en el bajo de un hotel, rodeado de otros hoteles que se reconvirtieron a viviendas cuando se hicieron demasiado viejos para atraer al turismo. Como camarero a media jornada tenía mucho tiempo y dinero suficiente para sufragar su estilo de vida. Su día libre solía pasarlo sentado en la cama frente a la ventana, aunque desde allí apenas se veían más que las fachadas de los bloques hoteleros que lo rodeaban. Algunos fueron revestidos antaño con una cerámica verde esmeralda que ahora se había desprendido, dejando grandes superficies con el hormigón al descubierto. Los toldos naranjas, clareados y roídos por el sol, permanecían recogidos. En la puerta del complejo, un cartel oxidado anunciaba "Residencial Vistas Vidamar", impreso sobre una ilustración que intentaba representar el lugar en plena ebullición vacacional. El guano de las gaviotas habían terminado por deformar el dibujo hasta hacerlo casi irreconocible.

Debería tomar su tabla, ir al Malecón, patinar hasta que le entrara hambre o se sintiera un poco mejor. En la mesilla de noche, esperaba la receta que le extendió "la especialista". La misma que le recomendó el ejercicio físico o salir más del apartamento, frecuentar personas fuera del trabajo.

"Santa Madonna"- pensó Wong – no debía haber mucha demanda de antidepresivos en Praia do Madeiro. Los hombres de su edad se divertían de lo lindo conociendo a turistas blancas, saliendo con ellas por la noche y enseñándole las maravillas naturales del lugar. No todo conducía necesariamente al sexo. Los extranjeros, por algún exótico prejuicio, se mostraban amables y receptivos como nunca lo eran en sus plúmbeas ciudades del Norte, y muchos lugareños, ricos o pobres, habían hecho de la simpatía un modo de vida. No, no todo conducía al sexo. El ambiente en general era cálido y efervescente, sin tanta droga o prostitución como en otras zonas de la costa brasileña. Lo que aquí se ponía en funcionamiento era simplemente el gusto por las personas.

Pero después de doce años trabajando en el Harbour Plaza de Hong Kong, sirviendo cocktails seis días por semana en el turno de noche, Wong había comprendido algunos secretos que comprometían seriamente su fe en la raza humana. Al atardecer, en el ambiente tenue y elegante de los espejos, los hombres y mujeres de negocios se diseminaban por un amplio espacio de mesas, lo más lejos posible unos de otros. Habían pasado el día muriendo de éxito y solo buscaban disolverse en un vaso de alcohol, quitarse la máscara y derrumbarse sigilosamente, sus biorritmos deshechos por el jet lag, el estrés haciendo latir su sienes, la presión, los vicios inenarrables pidiendo el diezmo, las depravaciones acumuladas tras miles de kilómetros de rodaje por lujosos hotel-club como el de Wong, ya desdibujada cualquier posibilidad de hogar y por tanto cualquier posibilidad de sentirse humano. Allí era donde Wong se había pasado la media vida agitando la coctelera, hasta que le echaron, sin sentirse excesivamente diferente a cuanto le rodeaba. Solitario, sin mucho que aportar al disfrute social y humano, en perpetuo estado de transitoriedad, al igual que sus clientes. Que nada sórdido se escondiera tras el cordial modo de comportarse en Praia do Madeiro, en fin, no era algo que Wong estuviera preparado para comprender a la primera.

Pues claro a que Wong le parecía razonable, perfectamente. Ella era, ¿señora o señorita? Ninguna de las dos cosas, en la consulta se dirigiría a ella por su nombre de pila y utilizando el tiempo verbal de cortesía. Wong le agradecía la apreciación, aún no dominaba bien el portugués, ella se hacía cargo, aunque consideraba su portugués excelente, sobre todo teniendo en cuenta los poco tiempo que Wong llevaba en Praia do Madeiro tras su acelerada salida de Hong Kong ¿Desde cuánto tiempo decía exactamente?

La piel de "la especialista", iluminada a rayas por el sol que se colaba entre las lamas de la persiana, tenía el tono dorado de la crema de caramelo. Sus ojos transparentes y sus pómulos pecosos, y esa camisa blanca, con algunos collares discretos de baratijo colgando de su cuello, le daban un aspecto de edad detenida, como tantos otros blancos de por allí, prejubilados de oro. Sí, ella era norteamericana, licenciada hacía muchos años por la universidad de Brown, Providence, una larga historia. Y no, no lo echaba de menos, pero hablemos de usted, señor Wong. ¿Fue traumático el despido? ¿Piensa con frecuencia en su culpabilidad? ¿Piensa que algún cambio en su forma de ser podría mejorar su adaptación, aquí, en Praia do Madeiro?

Una consulta simpática, luminosa y rebosante de pequeños detalles, objetos y fotografías que nada tenían que ver con la psiquiatría. Una consulta llena de personalidad; justo lo contrario de lo que debería ser, pensó Wong. Quizás la especialista adivinara la censura en sus ojos y de ahí que lo despachara con tanta

rapidez, con un puñado de consejos tópicos y una receta de Besitran de sesenta miligramos.

Lo que entonces Wong no supo responderle, se le había ocurrido ahora, casi una semana después, sentado en la cama, en su día libre. Marcó su número de teléfono, que sonó durante unos segundos hasta que saltó el buzón de voz. Wong se escuchó a sí mismo decir:

- Nunca pienso en ello. No lo revivo, ni trato de cambiar lo que hice aunque solo sea en mi imaginación. Fui despedido, eso es todo. Ahora estoy aquí. Acepto mi caída porque jamás me ha importado mi ascenso, o toda mi vida, quién sabe. No es nada dramático.

Luego hizo algo que nunca había hecho. Se levantó de la cama y se colocó frente a la ventana, con los brazos estirados y pegados al cuerpo, las piernas juntas, la cabeza al frente. Sus pies formaban un perfecto ángulo recto con la pared. A lo mejor la psiquiatra estaba en una de esas fiestas al aire libre, preparando su Reflex para capturar la mejor imagen del fin del mundo. Allí, con cualquier excusa, se organizaba una fiesta. Quizás, si fuera a dar un paseo con su tabla por el malecón, la reconocería en alguna fogata, a lo lejos, envuelta en el humo del pescado. O podría quedarse aquí, muy quieto, hasta que le dolieran los músculos. Entonces sufriría, y ella sería la culpable. Por un momento, a Wong le estimuló la idea de autoinflingirse dolor *como venganza*.

Podría sobrevivir. Solo que desde que había llegado a Praia do Madeiro había comenzado a reflexionar sobre la propia palabra sobrevivir. De donde él venía, nadie esperaba más que salvarse del hundimiento total, y eso bastaba para sentirse afortunado frente a otros hombres, otras desgracias, otras suertes. Pero aquí la felicidad era tan estable... era una temperatura, un ambiente, se había instalado como una gran bolsa de aire, quieta y reconfortante, que golpeaba el rostro de Wong no más salía de la puerta de su casa por las mañanas.

Sabía que podía seguir adelante. Llevar la vida hasta su término. Soportar la carga. Había nacido y había sido educado para ello. Pero ese lugar le exigía algo más, algo que jamás había imaginado que la vida pudiera exigirle.

**1 comentario »**

1.

¿Realidad ficcionada o ficción realizada/realista? Da igual, de todas formas, lo que importa es el reflejo de la frontera entre el bien y el mal, entre el estar de vuelta de todo o que todo te dé la vuelta. Me encanta el paisaje que diseccionas de esa alma distante. ¿Lo humano del hogar o lo hogareño del humano? Una crítica constructiva para este capítulo: creo que podías haberlo condensado aún más. Hay un instante que el texto me pesa como una losa. Menos mal que al final el regusto me sabe de nuevo a conocido, a cercano.

*Comentario por La Maga — 17 Enero, 2008 @ 12:22 am*

Suscripción RSS a los comentarios de la entrada. [URI para TrackBack.](#)

## El síndrome del fin del mundo

No siempre fue un hombre malo el Dr T, no en sus primeros años como director de la Residencia Psiquiátrica de San Blas. Me lo contó la Blasa, que así la llamábamos de tantos años que llevaba aquí, muchos más que el propio Dr T. Esa a la que luego se llevaron por arrancar la silicona de las ventanas para comérsela. Según Blasa, el Dr T ha dejado de creer en la humanidad, y hasta yo, que estoy loco, puedo entenderlo. Porque aquí la Locura no descansa, ni se coge fines de semana para ir a esquiar con los niños. Otros piensan que el Dr T es muy humano, porque no nos da tantas drogas sedantes como en otros lugares, ni nos aísla entre nosotros. ¡Cuánta humanidad, Dr T! Eso dicen los familiares, que pagan un alto precio para confiar a sus hijos, madres y hermanos a los cuidados del Dr T. A ellos hay que entenderlos, nos dice el Dr T, no se les puede pedir que sean testigos diarios de la depravación de sus seres más queridos. Al dejarnos aquí, nos advierte, nuestras madres, esposas e hijos han cumplido con un deber cristiano, incluso en sacrificio de su natural instinto de amarnos. No se debe permitir que se junte la paja con el heno, nos recuerda. Por eso solo una persona debe importarnos, ya que nadie nos espera.

Cuando digo que aquí la locura no descansa pienso en la semana pasada, cuando las enfermeras sacaron algunos juegos de mesa y nos dispusieron por grupos para tener algo que hacer mientras el Dr T iba llamando a consulta. Así estaríamos más tranquilos, nos dijeron, y la cosa funcionó hasta que el Dr T llamó al primer paciente, digamos, un jugador de ajedrez, y claro, luego había que buscar a otro buen jugador de ajedrez en las otras mesas para sustituirle, y al final encontramos a uno pero estaba jugando al Estratego, y claro, tuvimos que ponernos a buscar a alguien que supiera jugar al Estratego, pero claro, el del Estratego recién incorporado participaba en una partida de parchís, así que hubo que buscar a un jugador de parchís y todavía peor, a alguien que quisiera afrontar la difícil situación por la que atravesaba el cubilete azul. En esto que sale el paciente e intentamos convencerlo de que se encargue del cubilete azul, pero él no quiere saber nada del cubilete azul sino volver a su partida de ajedrez, es más, quiere seguir exactamente desde el mismo punto en que la había dejado, y entonces tratamos de que todo el mundo vuelva a su sitio original y de que todas las partidas vuelvan a la situación justamente anterior a que el paciente abandonara su mesa de juego, algo así como dar marcha atrás en el tiempo, y entonces muchos se levantan, algunos discuten, se ha caído un tablero, las fichas han rodado por el suelo, las enfermeras tratan de calmarnos, alguien grita, alguien pega a alguien, aparecen los enfermeros.

No, no es un gran amante de la humanidad del Dr T, ¿verdad? Puede ser un chico muy pero que muy malo. Cuando nos encierra a todos en el mismo cuarto, que es

tan pequeño que ni siquiera hay sitio para sentarse, tenemos que permanecer de pie, sin comida, ni bebida, ni medicamentos. Y la verdad, no somos gente tranquila. Una vez tuvimos que hacer daño de verdad a Bobo Rob porque se había portando muy mal con la Dodotis. Le había arrancado un pedazo de nalga con los dientes, y después se llevaron la Dodotis de la Residencia y nunca la volvimos a ver, tampoco a Bobo Rob. Por eso tratamos de ahorrarle al Dr T cualquier escena que invite a tomar medidas, aunque entendemos que hay momentos en que le resulta obligado. Es natural, ya que Él nos cuida y Él nos castiga, es la ley y el orden, aquí dentro, es nuestro Padre.

Porque el día después del mundo le pedimos al Dr T que nos salvara, que nos salvara. Y ni siquiera cuando la enfermera nos recordó a todos la triste historia de Bobo Rob y la Dodotis conseguimos calmarnos. Era el fin del mundo y debíamos portarnos mal, y nos daban igual los castigos y nos daba igual cualquier cosa, pues lo único que queríamos –y la única razón por la que le rompimos la mandíbula a la enfermera- era para que el Dr T nos echara un simple vistazo.

Él quiso curarnos el día después del fin del mundo, y recordando las viejas historias de Blasa entonces nos preguntamos si no sería verdad que al Dr T le quedaba algo de bondad en su corazón. Aquel día a todos nos dolía algo y cada cual había contraído una extraña enfermedad, que al final resultó para todos la misma. Y en vez enfadarse por lo de la enfermera, el Dr T nos hizo pasar uno a uno a su consulta, cerrando la puerta tras de sí. Unos minutos más tarde el paciente salía y le preguntábamos, ¿qué tienes? Tengo un papiloma en el codo. Y luego entraba otro. Tengo nefritis teroidea. Y otro. Tengo pólipos en la uretra. Gastroinuglebois. Croncardia ulcerosa. Tengo Hernia cenital. Ligadura de bronquios. Pobedo. Ahora nos enseñábamos los papeles con el diagnóstico, y algunos intentaban quitárselos, se los querían cambiar como si también pudieran cambiarse las enfermedades, hasta que el Dr T salió de la consulta y todos nos quedamos muy recogidos, en señal de agradecimiento.

-Dr T- le dije- usted nos ha dado muchas buenas enfermedades esta tarde, más de las acostumbradas.

- Te refieres a que no son las acostumbradas, muchacho- dijo el Dr T- en realidad es solo una, y tienes ante ti a su gran descubridor: ¡La enfermedad del fin del mundo!

- Y entonces, ¿A qué vienen tantos nombres?

- Me los he inventado- dijo. El Dr T se partía de risa.

- Entonces - preguntamos a coro- ¿hemos contraído otra enfermedad imaginaria?

Los pacientes nos arremolinamos junto al Dr T. Los enfermeros estiraban el cuello desde la distancia. El rostro del Dr T nos miraba con las cejas en alto, y sus manos, rojas y palpitantes, se habían hinchado tanto que temí que fueran a explotar. Yo

me arrodillé, algunos me siguieron. El Dr T apoyó una de sus gigantescas manos sobre mi coronilla, presionándome el cráneo.

- ¿Qué vamos a hacer?- supliqué.

- Ni idea- repuso el Dr T- nadie conoce todavía un remedio para el fin del mundo.

- ¡PERO CÓMO NOS VAMOS A CURAR!

- Lo lamento, damas y caballeros- repitió pacientemente el Dr T- pero todavía no hay remedio contra el síndrome del fin del mundo. Hasta entonces, deberán atender estrictamente a mis consejos médicos.

Todos los demás se arrodillaron. La verdad, se montan unas terribles epidemias imaginarias en el Hospital Psiquiátrico de San Blas.

### 1 comentario »

1.

Bueno, hoy no te leo desde casita, me inmiscuyo en tu cabeza desde la oficina, y todo adquiere una nueva perspectiva, afuera parece que llega el invierno, por fin, algo así como el día del fin del mundo. Me encanta esa idea de que los movimientos cotidianos de nuestras vidas poseen su propio orden natural, que necesitamos una organización de las cosas aparentemente superficiales para poder aspirar a obras más altas, genial Miky, ese ir y venir hasta volver a encontrarse, con ese jugador de ajedrez que desea volver a la partida, en su punto exacto, con los consiguientes sustitutos de parchís, estratega y demás celosías. Y qué decir de la Blasa, la Dodotis, ese bocado en las nalgas, y finalmente, toda la retahíla de enfermedades post-mortem, post-modernistas, post-apocalipsis. Es cierto, quizás lo pequeño que pueda parecer un psiquiátrico, encierra más verdad que toda la muchedumbre y desidia exterior. Y aunque me pierdo un poco entre la consulta y la petición de cura para el síndrome, tu frase "Se formaban unas epidemias imaginarias extraordinarias en el Hospital Psiquiátrico de San Blas" vuelve a regalarme, con su estructura circular, ese dulce y generoso regusto en mi paladar...a síndrome de día del fin del mundo. Gracias por volver.

final, de nuevo, consigue

*Comentario por LA MAGA — 15 Febrero, 2008 @ 12:02 pm*

[Suscripción RSS a los comentarios de la entrada.](#) [URI para TrackBack.](#)

## La cinta de Moebius

El día después del fin del mundo, como cada día después del mundo, Moebius Lazarus se dispuso a tomar parte en el singular problema de matemáticas que cada día después del fin del mundo tenía lugar en el paseo asfaltado de unos jardines cercanos a su casa. A un lado del mundo, una pequeña rotonda señalaba el fin de la carretera peatonal de 400 m de longitud que cada día del fin del mundo era recorrida por tranquilos paseantes, chicos en patines, niños aprendiendo a montar en bicicleta, gatos atados, perros sin atar, miembros veteranos de la asociación municipal de montañismo, buscadores de wi-fi, viejas ricas, fisioterapeutas de viejas ricas, viejas sin fisioterapeuta, gordas con chubasqueros atados a la cintura, moteros, ratas. Al otro lado del fin, una segunda rotonda señalaba el otro mundo de la pequeña carretera peatonal de 400 mundos que cada mundo del fin del día recorrían las ratas, los moteros, las cinturas con gordas atadas a los chubasqueros, los fisioterapeutas sin vieja, las fisioterapeutas de viejas ricas, las ricas viejas, el buscador de wi-fi, las montañas municipales de la asociación de veteranos miembros, atados sin perro, atados con gato, bicicletas aprendiendo a montar niños, patines en chicos, paseantes tranquilos.

En algún punto intermedio entre ambos extremos, Moebius Lazarus, como cada día después del fin del mundo, se dispuso a tomar parte en el singular problema de matemáticas que tenía lugar en la cabeza de Moebius Moebius en el segmento Lazarus. Mediando entre ambos extremos del nudo asfáltico y lineal de cuatro cientos metros – en cuyos límites- rematados por las pequeñas rotondas – había de calibrar Moebius adecuadamente las fuerzas centrípetas y centrífugas – implicadas en la rotación gravitatoria – en cuyos límites, Moebius –adecuadamente- habría de calibrar adecuadamente las fuerzas cen-cen-tri-tri-pe-fu-gas-tas e inrotadas en la gravitación rotatoria, mediaba entre ambos extremos de nudo asgáfatico y trineal de cuartocientos mertos cuios límes, albertados por peeñas roondas, inbitavan a Cornelius a taliban las fuerzas certtas y centgas impladas en la redacción grativadorga.

En algún punto intermedio entre ambos extremos, Moebius Lazarus resolvió el problema de matemáticas que siempre surgía, como cada día después del mundo, al recorrer a diferentes velocidades la traza de alquitrán delimitada por cuarteadas líneas de pintura blanca, antaño reflectante, que advertían del fin de la tierra firme y el comienzo del infinito vacío espacial donde aquel peculiar cuerpo celeste flotaba, o se trasladaba (quién podría advertirlo, en los próximos cien años), atravesando la infinita esfera, el espacio cósmico, el abisal firmamento, y en medio del firmamento, suspendido en el cosmos espacial, abovedado por el celestial infinito, la vieja pista de asfalto de los jardines cercanos a la casa de Moebius Lazarus, las

cuarteadas placas de asfalto delimitadas por la pintura blanca, que servían para reconducir a buen término los razonamientos matemáticos, una vez recalibradas las fuerzas centrífugas y centrípetas, que surgían del cruzamiento en diferentes puntos y a diferentes velocidades de los diversos paseantes que, como cada día después del fin del mundo, se reunían en la cabeza de Moebius Moebius.